UNA FICCIÓN EN LA ZARAGOZA DE LOS AÑOS 80 Y 90

Una infancia tóxica

Miguel Serrano Larraz, miembro de las nuevas letras aragonesas, publica su celebrada novela 'Autopsia' ≡ **La obra** se inspira, sin nostalgia ni indulgencia, en la experiencia del escritor

ELENA HEVIA
BARCELONA

Algo se está moviendo en Zaragoza en lo tocante a literatura joven. Esa efervescencia de espíritu moderno y voluntad digamos *universal* está dando visibilidad a una serie de autores nacidos en los 70 y principios de los 80 como Sergio del Molino, David Gascón y Aloma Rodríguez, a los que se une ahora Miguel Serrano Larraz (Zaragoza, 1977), que con su novela *Autopsia* (Candaya) se ha ganado el aplauso de la crítica. Pese a ello, a Serrano no le gusta nada que lo presenten en grupo: **«Somos amigos, estamos en buena comunicación, nos leemos entre nosotros pero ahí acaba todo».**

Su intención era abordar una novela ambiciosa e íntima que retratara sin indulgencia a un escritor de su edad y, se supone, similares experiencias llamado precisamente Miguel Serrano en la Zaragoza de los años 80 y 90 que tan bien conoce. Lo que no podía prever es que esa obra iba a ser leída en clave generacional. **«Quizá yo me creía mucho más especial y singular y no debe de ser así, porque luego muchos lectores se han sentido identificados»**, ironiza.

FRANCESC CASALS

▸▸ **Escritor emergente** ▹ Miguel Serrano Larraz, la pasada semana en Barcelona.

«Tan solo el 10% de lo que sucede en la novela es real, pero nadie me cree», dice el autor

La culpabilidad

Lo que mueve la novela, sin embargo, no es la nostalgia por el BUP, los viejos programas de televisión o por las primeras y míticas ediciones del Sónar sino el sentimiento de culpa frente a unos actos de violencia de los que el protagonista, que acosó a una compañera de colegio, se siente responsable años más tarde tratando de expiar aquella infancia tóxica. **«Necesita hacerlo para poder enfrentarse a la paternidad con el expediente limpio».** Si como dice George Orwell nadie quiere enfrentarse al trance de confesar sus humillaciones, el Miguel Serrano de la ficción parece regodearse en ese sentimiento, casi como un personaje de Dostoievski puesto al día. **«Básicamente, mi intención era incomodar al lector».**

Pese a su aparente timidez, Serrano viene bien preparado para desmarcarse de su personaje homónimo. Conoce muy bien las ambiguas reglas de la autoficción e incluso juega con ellas cuando su protagonista imagina que los periodistas le preguntarán si existieron realmente los *skinheads* que atacaron a su personaje. **«Suelo decir que tan solo el 10% de lo que sucede en la novela es real, pero nadie me cree. De niño, como casi todos, tuve mi parte de acosador y también mi parte de acosado y, sí, el ataque de los *skinheads* es una de las pocas cosas ciertas de la novela. Cualquiera que paseara en Zaragoza en los 90 los recuerda».** Tampoco se trata de un *roman à clef* aunque en el trazo de uno de los personajes, el pinchadiscos Hans Castorp –sí, como el protagonista de *La montaña mágica*– pueda detectarse a Sergio Algora, el malogrado cantante del grupo indie El niño gusano.

Se interroga el autor sobre el porqué de todo esto. **«No sé para qué escribo. A veces propicia que te quieran, pero también es fácil que te pongan en la picota. Quizá escribo para que me comprendan o para comprenderme. Es difícil decirlo».** ≡